

EL ELECTRICISTA

Lucía Moreira bajo el seudónimo Danzarina-Eaa

Mención

El invierno en Montevideo es una época la cuál muchos uruguayos ya no desean con las mismas ansias que décadas atrás. El clima frío y húmedo confina a las personas a los interiores de su hogar; manteniéndolas solas, sin más que la tenue llama del fuego que apenas los reconforta.

El televisor estaba prendido, María nunca lo apaga. Era lo único que generaba sonido en aquella lúgubre mansión. Deshabitada durante muchas décadas hasta que María la adquirió un año atrás. Detrás de esos murallones cubiertos en hiedra del 1800, la perturbarte imagen y la estridente voz del que anunciaba el clima corrompía la serenidad del hogar. Anunciando que este fin de semana sería el más tempestuoso del invierno. La lluvia se colaba por las grietas de los tejados y el viento se intensificaba con el correr de los minutos; los golpeteos de las antiguas ventanas ya no la despertaban.

Al final de un largo pasillo en la planta superior se encontraba el cuarto de María. La última puerta a la derecha. Era la única habitación que había ocupado. Tampoco tenía demasiado que desempacar, solo lo poco que había traído con ella al escapar. Lo necesario para vivir. Viejos muebles alumbrados por el farolito de la mesa de luz vestían la habitación con sombras alargadas. Bajo una vieja frazada dormía tranquilamente rodeada de silencio y la densa oscuridad de la noche. Al fin la embarga esa sensación de seguridad que hacía tiempo no sentía.

Silencio total. ¿Silencio total? Este hecho la alarmo; ya no se escuchaban los cantos líricos de la telenovela cristiana. Se quedó sentada en la oscuridad, contemplando las posibilidades de tan inquietante acontecimiento. ¿Falla eléctrica? ¿Había pagado la luz? Las respuestas no importaban. Los hechos llegaban nuevamente a importunarla en sus momentos de tranquilidad.

Pausadamente se colocó sus pantuflas y salió al corredor. Como camino a un sacrificio avanzó por el largo pasillo, pasando por grisáceas puertas y viejos portarretratos. Apresurando el paso bajó por la empinada escalera hasta el televisor.

Definitivamente estaba apagado. Enchufado, pero sin imagen. Un relámpago iluminó la habitación, el diluvio exterior la llevó a verificar la corriente. No había luz.

Atentas por habitaciones oscuras que aún le eran desconocidas, buscó algo con que iluminarse, estaba decidida a que nada estropeará esta profunda serenidad que sentía después de tanto tiempo. Su lugar. Su escudo. Su protección, en esta casa nadie podía dañarla.

Tres velas eran más que suficiente para volver a la comodidad bajo su frazada. Debía de encontrar una solución para su única compañía. Necesitaba la televisión encendida. Sorpresivamente los postigos de la ventana se abrieron dejando entrar una ráfaga de aire helado. Corrió como pudo a cerrarla mientras las velas se apagaban. Una suerte de destino, casualidad o sencillamente causalidad hicieron que viera una pequeña tarjeta que sobresalía por debajo de la alfombra. Encendió una vela, lo suficiente para ver entre sombras negras la palabra: ELECTRICISTA 24HS.

En la tranquilidad de su habitación esperó su llegada. El trayecto bajo lluvia y a esas horas no sería nada rápido así que decidió leer bajo la luz de la vela.

El sonido del timbre la despertó, trató rápidamente de situarse en el momento y en el lugar. La vela se había consumido y estaba a oscuras. Sobresaltada le pareció escuchar que la puerta de entrada se abría. ¿Acaso había dejado sin llave? ¿O el electricista era un conocido de la antigua dueña? Buscó a tientas sus pantuflas y se acercó hacia la puerta de la habitación. Tímidamente apoyó su oreja sobre el roble oscuro y le pareció claramente escuchar susurros. Se sentía el crujir de los escalones añosos mientras alguien subía. No podía estar pasando nuevamente. Ya había dejada atrás, en el olvido ese horror espeluznante que no lo había permitido dormir por años, aun podía sentir el dolor en cada una de las heridas que le habían dejado. Esos malditos le habían quitado todo, su dignidad, su vida y lo que más amaba. No iba a permitir que lo hicieran nuevamente.

Buscó por toda la habitación rápidamente algún lugar donde protegerse, su mente era un continuo torbellino que buscaba posibilidades de salvación. Tenía que existir una salida.

Los pasos se escuchaban sordos pero seguros hasta podían ser más de uno, por el tiempo que había pasado ya debían de estar por el corredor. Seis habitaciones antes que la mía, seis puertas para abrir antes de encontrarme. Tenía que haber una salida, buscaba

desesperadamente tras los pesados cortinados de la habitación. De pronto escuchó el sonido de un motor acercarse, miró por la ventana y vio unas diminutas luces acercarse a la entrada. ¿Vienen más? Otra vez están aquí.

Un estrepitoso sonido la hizo girar hacia la puerta. ¿Habían golpeado? ¿Alguien gritó mi nombre? Estaba segura de que había escuchado algo detrás de esa puerta, la última puerta. Estaban ahí. No permitiría que esto pasara nuevamente. El pestillo se giraba violentamente, miró hacia arriba, en la siniestra araña de cristal tintineaban las luces. Sabía lo que tenía que hacer.

Silencio total.

En la puerta de entrada el electricista hacía sonar el timbre por décima vez. No era una noche para una llamada falsa. La lluvia le calaba los huesos, se asomó por la ventana y vio que el televisor estaba encendido. ¿Otra broma pesada en un día de lluvia?

Se dirigió rápidamente a su motocicleta, la lluvia comenzaba a amainar. A lo lejos seis campanadas indicaban el amanecer. Mientras, en la habitación del último piso se corrían lentamente los pesados cortinados.